



# Historiadores “románticos” e historiadores “científicos” en la historiografía catalana contemporánea: nacionalismo historiográfico y revisionismo generacional

Jaume Aurell

*Universidad de Navarra*

**Resumen:** Uno de los debates clásicos de la historiografía catalana del siglo XX ha sido la división que formuló Jaume Vicens Vives, en los años treinta, entre “historiadores románticos” e “historiadores científicos”. En el debate que se originó a raíz de la formulación de esta dicotomía, intervinieron historiadores como Ferran Soldevila, Antoni Rovira i Virgili, Ramon d’Abadal o el mismo Vicens Vives. En los artículos periodísticos cruzados por esos historiadores, así como en las ideas de fondo de las monografías que iban publicando, se puede establecer una primera clasificación de las corrientes intelectuales e historiográficas a las que pertenecen estos historiadores. Además, el mencionado debate da pie al autor para reflexionar acerca de tres de los condicionantes que, de un modo u otro, afectan a la labor del historiador: la influencia del contexto político, cultural e intelectual en que se halla inmerso; la tendencia a una revisión severa de la generación historiográfica inmediatamente anterior y, por último, el influjo del nacionalismo en la obra histórica.

**Palabras clave:** Historiografía, Cataluña, Nacionalismo, Ferran Soldevila, A Antoni Rovira i Virgili, Ramon d’Abadal, Jaume Vicens Vives

**Abstract:** One of the classical debates in Catalan historiography of the 20th century is the division, first formulated by Jaume Vicens-Vives in the Thirties, between ‘Romantic historiographers’ and ‘Scientific historiographers’. Several historians took part in the debate that followed this dichotomy, like Ferran Soldevila, Antoni Rovira i Virgili, Ramon d’Abadal or Vicens-Vives himself. In the newspaper articles that these authors wrote regarding each other’s theories, and in the core ideas in the monographic works they published, one could easily establish an initial classing of the intellectual and historiographical currents to which these authors belonged. In addition, this debate allows for the author to reflect on three conditions that in one way or another impinge on the work of the historian, namely: the influence of the political, cultural and intellectual context on which he finds himself immersed; the tendency towards a severe revision of the historiographical generation immediately previous to him; and finally, the influence of nationalism in the works of history.

**Key words:** Historiography, Catalonia, Nationalism, Antoni Rovira i Virgili, Ramon d’Abadal, Jaume Vicens Vives

La historiografía es una disciplina reciente en el panorama científico contemporáneo. Su consolidación a lo largo del siglo XX es un buen síntoma de la madurez de la historia como ciencia social. Su finalidad es abordar el estudio reflexivo de la disciplina histórica a través de una metodología específica, que se mueve entre la filosofía de la ciencia histórica y la historia de los historiadores.

Durante el siglo XX, la historiografía ha centrado su estudio en dos campos claramente diferenciados: por un lado, el estudio reflexivo de la misma historia (lo que podríamos denominar la *epistemología de la ciencia histórica*); por otro, el estudio de las tendencias intelectuales e ideológicas que condicionan la labor histórica y, por tanto, el estudio de los historiadores en su propio contexto cultural (algo así como *la historia de los historiadores*).<sup>1</sup>

La primera de esas corrientes, la filosofía de la ciencia histórica, se ha cultivado desde sus inicios de modo predominante en Estados Unidos. Esto puede parecer algo paradójico, habida cuenta del talante supuestamente pragmático de esa sociedad. Pero los activos debates que se han desarrollado en torno a las célebres tesis de A. Fukuyama<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Habría que añadir aquí un tercer campo: la filosofía de la historia, en su formulación más clásica. Con todo, no se trata ya de una disciplina puramente *historiográfica*, a diferencia de las otras dos a las que nos referimos en el texto. Por otra parte, la filosofía de la historia ha causado siempre un cierto recelo entre los historiadores profesionales, especialmente a partir de la consolidación de los *Annales* como escuela historiográfica (véase Rogier CHARTIER, "Philosophie et histoire: un dialogue", en François BÉDARIDA (ed.), *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, París, Maison des Sciences de l'homme, 1995, pp. 149-169).

Agradezco los comentarios y sugerencias que Francisco Javier Caspistegui, Ignacio Olábarri, Enric Pujol y Jaume Sobrequés me han hecho sobre un primer manuscrito de este artículo, que fue reelaborado posteriormente.

<sup>2</sup> Como se sabe, Francis FUKUYAMA escribió un artículo en 1989 sobre el que basó su libro, publicado en Nueva York (Free Press) en 1992, *The End of History and the Last Man*. Las diversísimas interpretaciones que se hicieron de su estudio —que, ciertamente, se han movido estos años en ámbitos habitualmente diferentes al específicamente historiográfico— le obligaron a seguir escribiendo sobre el tema, como se refleja en su artículo posterior "Reflections on *The end of History*, five years later", en *History and Theory*, 34, 1995, pp. 27-43. Y la polémica sigue, tal como se pone de manifiesto en



o incluso en otros ámbitos como la historia medieval<sup>3</sup> o moderna,<sup>4</sup> confirman esta tendencia más teórica, que ha hallado en G. Iggers a uno de sus mejores sintetizadores.<sup>5</sup> Esta tendencia se ha consolidado en Estados Unidos tras la publicación, en los años ochenta, de unos cuantos trabajos que combinan bien el rigor histórico con el conocimiento profundo de la filosofía de la historia.<sup>6</sup> Con todo, hay que precisar que algunos de estos historiadores, remiten claramente al mundo intelectual europeo, bien sea por su procedencia y formación intelectual —como el caso de Carlo Ginsburg, de origen italiano— o por sus concretas referencias bibliográficas —como ocurre, por ejemplo, con alguna de las principales obras de Gabrielle M. Spiegel.<sup>7</sup>

La historiografía propiamente dicha, por su parte, se ha desarrollado con más hondura en los países europeos con mayor tradición histórica y permite conocer una época determinada a través del análisis

---

el documentado estudio de Israel SANMARTÍN, “Evolución de la teoría del “fin de la Historia” de Francis Fukuyama”, en *Memoria y Civilización*, 1, 1998, pp. 233-245.

<sup>3</sup> Tal como recientemente se ha puesto de manifiesto tras la publicación del sugestivo ensayo de Paul FREEDMAN y Gabrielle M. SPIEGEL, “Medievalisms Old and New: The Rediscovery of Alterity in North American Medieval Studies”, en *The American Historical Review*, 103, 1998, pp. 677-704.

<sup>4</sup> Carlo GINZBURG, *Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia*, Turín, Nuovo Politecnico, 1986.

<sup>5</sup> Georg G. IGGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea, 1998. Una visión panorámica actualizada puede encontrarse también en Agustí COLOMINES y Vicent S. OLMOS (ed.), *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1998, con artículos de procedencia geográfica y cronológica muy diversa.

<sup>6</sup> Por citar sólo tres obras paradigmáticas: Louis O. MINK, *Historical Understanding*, Ithaca-London, Cornell University Press, 1987, John W. MILLER, *The Philosophy of History, with Reflections and Aphorisms*, New York-London, Norton, 1981 y Leonard KRIEGER, *Time's Reasons. Philosophies of history old and new*, Chicago, The University of Chicago Press, 1989, algunos de ellos ecos del clásico trabajo de R.G. COLLINGWOOD, *The idea of history*, Oxford, Clarendon Press, 1946.

<sup>7</sup> Esto es bien perceptible, por ejemplo, en Gabrielle M. SPIEGEL, *The Past as Text: the theory and practice of medieval historiography*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1997.



sis de la formación intelectual y del peculiar modo de hacer historia de los historiadores de carne y hueso. Aunque menos teórica, esta dimensión historiográfica permite adentrarse en el contexto intelectual de una determinada generación de historiadores y, por tanto, conocer mejor el espíritu de una época. Ahí están los abundantes estudios sobre la evolución historiográfica de la escuela francesa de los *Annales*;<sup>8</sup> las compilaciones y trabajos relacionados con los grandes historiadores franceses de este siglo, quienes revolucionaron el panorama historiográfico internacional con sus aportaciones metodológicas y la elaboración de unas modélicas monografías; el intenso debate historiográfico en Italia que inició con su sugerente obra Benedetto Croce, contrarrestada después por la respuesta teórica de Marconi y por las siguientes generaciones;<sup>9</sup> el continuo referente que para la historiografía alemana supone la estela dejada por Ranke, cuya influencia decayó a partir de la Segunda Guerra Mundial;<sup>10</sup> el estudio de las aportaciones del filo-marxismo de la madura historiografía inglesa, donde converge la secular tradición inductiva de la historiografía y la ciencia anglosajona con el ideologismo deductivista del materialismo

---

<sup>8</sup> La enumeración de estos trabajos sería inabarcable: baste con recordar el sintético trabajo de Peter BURKE, *The French Historical Revolution. The Annales School, 1929-1989*, Stanford, Stanford University Press, 1990 y las visiones renovadas de Peter R. CAMPBELL, "The New History: the *Annales* School of History and Modern Historiography", en William LAMONT (ed.), *Historical Controversies and Historians*, Londres, UCL Press, 1998, pp. 189-199 y de François DOSSE, *New History in France. The Triumph of the Annales*, Chicago, University of Illinois Press, 1994.

<sup>9</sup> A. WILLIAM SALOMONE, "Italy", en Georg G. IGGERS y Harold T. PARKER (ed.), *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport (Conn.), Greenwood Press, 1979, pp. 233-251.

<sup>10</sup> Un buen conocedor de este contexto historiográfico es Georg G. IGGERS, *New Directions in European Historiography*, Middletown, Wesleyan University Press, 1984, pp. 85-90. Ver también su sugerente introducción a la compilación póstuma de algunos escritos de Leopold von RANKE, *The Theory and Practice of History*, New York, Bobbs-Merril, 1973, firmada junto a Konrad von MOLTKE, así como su informe "The Decline of the Classical National Tradition of German Historiography", en *History and Theory*, VI, 1967, pp. 382-412 y, más exhaustivamente, *The German conception of history: The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Middletown, Wesleyan University Press, 1968.



histórico;<sup>11</sup> o, para no alargar más esta apresurada enumeración, el llamativo dinamismo de la historiografía polaca, uno de los mejores argumentos en favor de la importancia que tiene para la historia una conciencia nacional bien arraigada.<sup>12</sup>

En este artículo se aborda el intento de analizar la evolución de la historiografía catalana de la primera mitad del siglo XX. Se trata de un ámbito científico-histórico en el que el debate historiográfico rebasa los límites de lo estrictamente profesional, habida cuenta de lo específico de su personalidad: un pueblo donde la identidad nacional está básicamente fundamentada en su misma vivencia histórica. La definición y comprensión de esa identidad nacional es quizás la clave del apasionamiento con que se vive la *historia* en Cataluña en estas tres dimensiones: como disciplina académica, como actividad intelectual y como actitud vital. De este modo, se ha generado desde finales del siglo pasado un intenso debate historiográfico que ha beneficiado, sin duda, a la consolidación de la misma disciplina. No es extraño, en este contexto intelectual, que se pueda afirmar que la tradición historiográfica catalana es equiparable a otras tradiciones más desarrolladas del mundo occidental, aunque ciertamente esté menos divulgada.

\*\*\*\*\*

El intento de profundizar en la evolución de la historiografía se puede abordar desde los dos ámbitos ya reseñados: el teórico – filosofía de la ciencia histórica- o el práctico – formación y evolución

---

<sup>11</sup> Cuyos principales exponentes son E.P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963 -cuya obra ha sido estudiada analizada por Gregor McLENNAN, “E.P. Thompson and the Discipline of Historical Context”, en AA.VV., *Making Histories. Studies in history-writing and politics*, London, University of Birmingham, 1982, pp. 96-130- y E.J. HOBSBAWM, “The Crisis of the Seventeenth Century”, en *Past and Present*, 5, 1954, pp. 33-49. Los principales exponentes de esta corriente aparecen en Raphael SAMUEL, “British Marxist Historians, 1880-1980”, en *New Left Review*, 120, 1980, pp. 21-96.

<sup>12</sup> Para darse cuenta de esta realidad, basta con echar un vistazo al informe de Andrzej F. GRABSKI, “Poland” en Georg G. IGGERS y Harold T. PARKER (ed.), *International Handbook...*, pp. 301-324.

intelectual de los historiadores. Este artículo está orientado desde el prisma del segundo campo, aunque ello no es óbice para que se hagan las oportunas referencias teóricas o se deje para otro intento un análisis de la historiografía catalana desde ese punto de vista que ahora se orilla. Las fechas tomadas como límites se han elegido sobre la base de dos acontecimientos que a nuestro juicio son capitales para la evolución de la historiografía catalana del siglo XX: como término de partida, la publicación en 1922 de los primeros volúmenes de la historia de Cataluña de Antoni Rovira i Virgili, cuya publicación finaliza, inconclusa, a mediados de los años treinta;<sup>13</sup> como término final, la consolidación de Jaume Vicens Vives, en los años cincuenta, como figura señera de la historiografía catalana de las generaciones posteriores a la guerra civil, que coincide también con la elaboración de las últimas grandes obras de otro de los grandes historiadores catalanes del siglo XX, Ferran Soldevila.

El estudio de esa pléyade de historiadores catalanes de los años veinte a cincuenta cobra un especial interés en el momento en que, precisamente, se produce un relevo generacional y metodológico que va mucho más allá de la intensidad con que se vivieron aquellos años los bandazos políticos (Dictadura de Primo de Rivera, República, Guerra Civil, franquismo). Lo interesante es observar aquí cómo esos vaivenes político-sociales produjeron una lógica conmoción en el mundo intelectual catalán (por las mutaciones o las imposiciones ideológicas que cada uno de ellos supusieron) pero las tendencias intelectuales (en este caso, historiográficas) siguieron su curso. Hasta qué punto se superpusieron o se influyeron mutuamente esos dos procesos (el político y el intelectual-historiográfico) es una realidad muy compleja, que desborda los límites de este trabajo. Pero, en cualquier caso, un análisis detallado de la evolución de la historiografía catalana durante esos años demuestra que es una falacia identificar ideologías con mentalidades y, yendo más allá, ideologías, mentalidades e intelectualidad.<sup>14</sup> En efecto, es bastante arriesgado identificar, desde el punto de vista histórico, las condiciones políticas, sociales o económi-

---

<sup>13</sup> Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Història Nacional de Catalunya*, Barcelona, Pàtria, 1922-1934.

<sup>14</sup> Como ya acertadamente apuntó M. VOVELLE, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985.



cas imperantes en cada momento con unas determinadas condiciones intelectuales o culturales. O, dicho de otro modo, pretender identificar imágenes y estrategias de poder –normalmente creadas por el deseo de imponer una *ideología*- con las corrientes intelectuales que son hegemónicas en un periodo histórico determinado.

### 1. *Historiadores catalanes historiados*

La reciente publicación de las biografías de Jaume Vicens Vives, Ferran Soldevila y Ramon d’Abadal ha regenerado en Cataluña el interés por el análisis del historiador, su contexto histórico e intelectual y su influencia en los ámbitos más dispares de la vida pública. La biografía de Ferran Soldevila fue la primera en aparecer. Elaborada por Enric Pujol en el año 1995, en el marco de la celebración del centenario del nacimiento de su biografiado, es quizás la que profundiza más en los aspectos intelectuales y propiamente historiográficos, sin obviar los datos específicamente biográficos;<sup>15</sup> el trabajo de Josep Maria Muñoz i Lloret sobre Jaume Vicens Vives, publicado dos años después (1997), es una apasionante biografía, aunque el autor no renuncia a acercarse también –aunque tendiendo a un tono más divulgativo que erudito- a los aspectos intelectuales;<sup>16</sup> en 1996 había aparecido la biografía de Ramon d’Abadal, publicada por Francesc Vilanova, que constituye una indudable aportación, habida cuenta de la exhaustividad con que se tratan los datos biográficos del ilustre medievalista catalán.<sup>17</sup>

El interés por el estudio de los historiadores más prestigiosos de una determinada comunidad intelectual tiene su precedente en los sugerentes estudios que, desde años atrás, se vienen realizando sobre

---

<sup>15</sup> Enric PUJOL, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia contemporània*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1995.

<sup>16</sup> Paradójicamente, el mismo título pretende centrar su investigación en esa dirección: Josep M. MUÑOZ i LLORET, *Jaume Vicens i Vives. Una biografia intel.lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.

<sup>17</sup> Francesc VILANOVA, *Ramon d’Abadal: entre la història i la política (1888-1970)*, Lleida, Pagès, 1996.

los principales historiadores de la escuela de los *Annales*.<sup>18</sup> Estos estudios se han visto revalorizados por la publicación de las mismas *memorias históricas* de algunos de estos historiadores, como es el caso de los ensayos de ego-historia de Pierre Nora,<sup>19</sup> los trabajos coordinados por Jacques Le Goff,<sup>20</sup> los *Escritos sobre la Historia* de Fernand Braudel<sup>21</sup> o del no menos apasionante *Pensar históricamente* de Pierre Vilar, donde el historiador francés pone en juego toda su experiencia como historiador para describir sus vivencias personales durante buena parte del siglo XX.<sup>22</sup>

En este contexto, sería interesante acometer un estudio comparativo de la historiografía catalana en relación con el panorama historiográfico castellano de los dos últimos siglos, donde hay figuras tan representativas como Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz o Ramon Menéndez Pidal. Este estudio pormenorizado permitiría después entrar más a fondo en el debate historiográfico entre Castilla y Cataluña, tal como Horst Hina lo hizo en su día respecto al debate cultural en su monografía publicada el año 1986.<sup>23</sup> La profundidad y la agilidad de algunos ensayos de Miguel Ángel Ladero Quesada, los maduros trabajos de José María Jover sobre algunos aspectos relacionados con la historiografía castellana, los detallados estudios de Ignacio Peiró y de Gonzalo Pesamar y la recuperación de las obras de Ramon Carande demuestran, por citar sólo algunos ejemplos, los frutos que puede proporcionar un cuidado análisis de las corrientes historiográficas españolas de este siglo.<sup>24</sup> En todo caso, la publicación de esas

---

<sup>18</sup> Como por ejemplo la biografía de M. Bloch, afrontada por C. FINK, *Marc Bloch. A life in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

<sup>19</sup> Pierre NORA, *Essais d'ego-histoire*, París, Gallimard, 1986.

<sup>20</sup> Jaques LE GOFF (ed.), *La Nouvelle histoire*, París, Retz, 1988.

<sup>21</sup> Fernand BRAUDEL, *Ecrits sur l'Histoire, II*, París, Arthaud, 1990.

<sup>22</sup> Pierre VILAR, *Pensar Històricament. Reflexions i records*, València, Eliseu Climent, 1995: en efecto, es sumamente interesante el juego subjetivo-objetivo de este tipo de memorias: la historia como vivencia vista a través de los ojos del historiador.

<sup>23</sup> Horst HINA, *Castilla y Cataluña en el debate cultural. 1714-1939*, Barcelona, Península, 1986.

<sup>24</sup> Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Lecturas sobre la España Histórica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998; José María Jover, *Histo-*



biografías básicas, permite abordar, en una segunda fase, el estudio del ambiente historiográfico de una época y de una comunidad intelectual determinada, como es el caso que nos ocupa.<sup>25</sup>

## 2. *El desencadenamiento del debate historiográfico: los contrastes metodológicos*

Los años treinta son para la historiografía catalana un auténtico *turning point* desde el punto de vista de la evolución de la metodología histórica y del modo de hacer historia. El principal síntoma de este notable cambio generacional es la eclosión, en el panorama historiográfico e intelectual, de Jaume Vicens Vives. Su aparición fulgurante se produce justo en el momento en que estaban publicando sus grandes síntesis otros dos historiadores catalanes ya consagrados: Antoni Rovira i Virgili y Ferran Soldevila.

Es precisamente la agria polémica entre Jaume Vicens y Antoni Rovira la que dará oportunidad al primero de ellos a darse a conocer. Esta polémica es ya bien conocida, por lo que no vamos ahora a ex-

---

*riadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999; Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1994; Gonzalo PESAMAR, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991; Ramon CARANDE, *Estudios de Historia. 1. Temas de Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1989.

<sup>25</sup> Desde luego, un interesante debate sería establecer cuál ha de ser el primer paso en este proceso, si acometer en primer lugar la publicación de las biografías o empezar, por el contrario, detallando el contexto intelectual de un periodo. En el caso francés, como es sabido, primero se reflexionó sobre el conjunto y después se realizaron algunas biografías, como las de Marc Bloch (Carole FINK, *Marc Bloch, a life...*) o Fernand Braudel (Giuliana GEMELLI, *Fernand Braudel e l'Europa universale*, Venecia, Marsilio, 1990) con evidente éxito. En el caso de la historiografía catalana, se ha iniciado el proceso a la inversa, aunque es evidente que eso no hubiera sido posible de no existir ya un cierto contexto intelectual favorable, abonado por la publicación previa de algunas obras importantes que hacen referencia al contexto intelectual que ha influido en el panorama historiográfico catalán del siglo XX.

tendernos demasiado en ella.<sup>26</sup> Sin embargo, sí que parece interesante comentar algunos extremos de ese intercambio de artículos periodísticos que ilustran de algún modo el ambiente historiográfico de la Cataluña de los años treinta y el influjo del nacionalismo en el modo de concebir la historia.

Pensando que Vicens había nacido en 1910 y que en los años treinta rondaba, por tanto, los veintitantos años, sorprende la juventud con que participó en el debate historiográfico de aquellos años frente a unos historiadores ya consolidados ante la opinión intelectual, ante la opinión pública y ante la opinión política. Un Jaume Vicens que, a mediados de los años treinta, no había ni siquiera elaborado su tesis doctoral. Rovira, en cambio, contaba con 53 años en 1935 -28 más que Vicens- y ya había publicado, años antes, la primera gran síntesis de la historia de Cataluña y estaba integrado en los movimientos políticos hegemónicos de la Cataluña republicana.<sup>27</sup> Pero no es sólo la juventud lo que en este caso es más llamativo, sino la osadía con la que un historiador que ni siquiera tiene una plataforma profesional consolidada, se encarama frente a uno de los símbolos de la historiografía del momento, a lo que había que añadir su prestigio social y político.<sup>28</sup>

---

<sup>26</sup> Esta polémica está recogida en Ramon d'ABADAL, "Pròleg", en J. VICENS VIVES, *Obra Dispersa. Catalunya ahir i avui*, Barcelona, Vicens Vives, 1967, pp. III-XIV; Jaume SOBREQUÉS, "Un moment crucial de la historiografia catalana: la polémica entre J. Vicens i Vives i Antoni Rovira i Virgili", en *Revista de Catalunya*, 28, 1989, pp. 70-82 y Josep M. MUÑOZ, *Jaume Vicens...*, pp. 54-64.

<sup>27</sup> Ver las noticias sobre Rovira en Jordi Casassas (coord.), *Els intel·lectuals i el poder a Catalunya (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic, 1999.

<sup>28</sup> Aunque no hay una biografía de Antoni Rovira i Virgili de la exhaustividad de las reseñadas para Soldevila, Vicens y Abadal, sí que contamos con algunos trabajos que dan algunas luces, como el análisis biográfico-historiográfico de Jaume Sobrequés en el Prólogo de la compilación, Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Catalunya i Espanya. A cura de Jaume Sobrequés i Callicó*, Barcelona, La Magrana, 1988 y de Anna Sallés en el Prólogo de la obra Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Resum d'història del Catalanisme. A cura d'Anna Sallés*, Barcelona, La Magrana, 1983. También hay algún testimonio personal de interés (A. BLADÉ i DESUMVILA, *El meu Rovira i Virgili*, Barcelona, Teide, 1981), así como otras compilaciones de sus obras (Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Siluetes de Catalans. Segles XIX i XX*, Barcelona, Proa,

El contexto historiográfico e intelectual en que hay que ubicar esa polémica es bien preciso. La historiografía europea estaba todavía inmersa bajo el influjo del positivismo, que había dominado el ambiente historiográfico de la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. Desgraciadamente, no podemos matizar aquí, con la hondura que sería preciso, el significado del término *positivismo*, tal como lo utilizamos en este contexto.<sup>29</sup> Desde luego, no tiene la connotación peyorativa que a veces se le ha querido dar, entre otras cosas porque en el ámbito historiográfico catalán se trata de un “positivismo práctico”,<sup>30</sup> que empezó a dar sus frutos hacia 1870 y que comportó un cierto retorno a los cánones eruditos del siglo XVIII, en franca reacción a la falta de rigor histórico –lleno de voluntarismo– en que habían caído algunos historiadores románticos como Víctor Balaguer. Pero, además, en Cataluña se había producido una llamativa simbiosis entre esa orientación epistemológica –que compartía con otras historiografías nacionales europeas– y una marcada tendencia hacia lo que podríamos denominar un nacionalismo historiográfico de cuño romántico.<sup>31</sup>

---

1999). Ver también el Prólogo de Jaume Sobrequés a Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Història de Catalunya*, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1972-1978, 7 vols.

<sup>29</sup> En todo caso, remitimos a las acertadas reflexiones de Enric PUJOL, “Fi de segle i avenç científic. La historiografia catalana a la fi del Vuitcents”, en *El Contemporani*, núm. X, (sept.-dic. de 1996), pp. 32-37, que matiza convenientemente esa expresión, en el contexto de la historiografía catalana de finales del siglo XIX.

<sup>30</sup> Utilizamos la expresión utilizada por Ramon GRAU, en su voz sobre positivismo historiográfico, incluida en *Diccionari d'història de Catalunya*, Barcelona, Eds. 62, 1992.

<sup>31</sup> El historiador Enric Pujol está llevando a cabo una acertada revisión del panorama historiográfico catalán durante los primeros decenios del siglo XX: ver algunas de sus reflexiones al respecto en Enric PUJOL, *Ferran Soldevila...*, pp. 35-39 y en sus artículos, “Fi de segle...”, “La historiografia noucentista. Assaig de definició”, en *El Contemporani*, núm. 14 (enero-abril, 1998), pp. 36-43 y “Els historiadors republicans d'esquerra. L'equip intel.lectual de la Generalitat republicana (1931-1936)”, en *El Contemporani*, núm. 18 (mayo-agosto, 1999), pp. 29-35. Por otra parte, aunque se van dando pasos hacia adelante, no es descabellada la afirmación de Antoni Simon, para el que la historia de la historiografía catalana es un edificio todavía por construir (o, al menos, lo era cuando fueron escritas esas palabras, en 1990, a

En medio de ese contexto intelectual Jaume Vicens Vives adoptó, desde los primeros años de su vida académica, el papel de regenerador de la historiografía catalana y, por extensión, de la española. Y, arrasado por la peculiar vehemencia y energía que le caracterizaba, defendió esta postura a lo largo de toda su vida, sin parar en reparos a la hora de reconocer explícitamente ese liderazgo. De ahí precisamente arranca esa distinción tan peculiar y maniquea que, desde el año 1935, él mismo acuñó entre “historiografía romántica” y “historiografía moderna”, considerándose él mismo como el *punto de inflexión* entre esos dos modos radicalmente diversos de concebir y de practicar la historia. Llevado por ese alto grado de autoestima que le acompañaría toda su vida, sentía la responsabilidad de ser el abanderado y el líder de la historiografía que por fin había conseguido superar el reduccionismo y el apriorismo que caracterizaban todas las generaciones anteriores de historiadores catalanes.

En este planteamiento dicotómico -que, dicho sea de paso, sin entrar a juzgar ahora en la oportunidad de esa división, todavía está latente en buena parte de las aproximaciones historiográficas en el ámbito catalán que se han ido publicando estos últimos años-<sup>32</sup> Rovira i Virgili sería, por contraste, el abanderado y principal representante de la historiografía que Vicens definía sin ambages como “romántica”. Ferran Soldevila, por su parte, era considerado por Vicens como un historiador más “científico”, pero que no había podido superar el apriorismo nacionalista que le hacía interpretar la entera evolución de la sociedad catalana en términos de “defensa de una realidad nacional”.

---

partir de las cuales se ha producido un evidente progreso): Antoni SIMON, “Per una història de la historiografia catalana. Una aproximació bibliogràfica”, en *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, Cercle d’Estudis Històrics i Socials, 1990.

<sup>32</sup> Quizás la excepción a este comentario se encuentra en la biografía de Enric Pujol sobre Ferran Soldevila, por la misma identificación que se da, en la mayor parte de las ocasiones inconscientemente, entre biógrafo y biografiado, lo que contribuye positivamente a romper prejuicios.

### 3. Del debate metodológico al ideológico: el nacionalismo historiográfico

Pero lo que realmente estaba en juego en esas polémicas aparentemente escoradas en el campo metodológico era el debate sobre la función del “patriotismo” en la historiografía: ¿Hasta qué punto debía influir el amor por la propia nación en el ejercicio de la historia? ¿Deben los historiadores analizar el hecho histórico partiendo de unos presupuestos nacionales? ¿Tiene el historiador una especial responsabilidad en la formación y la consolidación de una nación, de una patria, de un país?

Quizás este debate parece ahora algo desfasado. Sin embargo, con el resurgir de los nacionalismos en los últimos decenios tras la reestructuración del mapa político mundial y, sobre todo, tras la caída de la URSS, el debate entre nacionalismo e historia se ha reabierto en algunos puntos de la geografía internacional, aunque ciertamente de modo marginal, sin llegar a ocupar todavía un punto central en el debate historiográfico general.<sup>33</sup> Con todo, ese debate estaba en su punto álgido en la Cataluña de los años treinta. Hay algunos factores históricos, que sería demasiado largo enumerar aquí, que contribuyeron al enconamiento de esas posturas, cuyas diferencias metodológicas se transformaban cada vez más en el debate de fondo del nacionalismo. Esos factores históricos son muy variados, pero sin duda influye el hecho de la culminación, en la República, de un largo trayecto por el que, a partir de mediados del siglo XIX y con el concurso de la *Renai-xença*, Cataluña había ido aumentando sus aspiraciones de autonomía y hasta de independencia política.

En el debate que se había generado, Vicens pretendía oponer una historiografía “independiente” a la historiografía “patriótica”. No es, desde luego, la primera vez que se produce, a lo largo del siglo XX,

---

<sup>33</sup> Probablemente, el debate en torno a la “memoria” –que se ha dejado sentir especialmente en la historiografía medieval y moderna– sea el mejor reflejo de esta realidad (véase por ejemplo: Pierre NORA (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1992, 3 vols; o, en el campo de la historia medieval, José Enrique RUIZ DOMÉNEC, *La memoria dei feudali*, Nápoles, Guida, 1993.

una escisión de este tipo en el panorama historiográfico de una nación europea. No hay más que pensar, por ejemplo, en la titánica lucha que mantuvieron algunos representantes de la historiografía de los países satélites de la URSS durante la segunda mitad del siglo XX.<sup>34</sup> O, en un paralelismo que es quizás más directo, la desarrollada en algunas “naciones sin estado” como la historiografía bretona, galesa, bávara, etc. Esta realidad *nacionalista* es probablemente lo que revaloriza el interés por el estudio del intenso debate que se vivió en la Cataluña de los años treinta, en medio de un ambiente ya suficientemente enrarecido desde todos los puntos de vista, que culminaría con la explosión de la violencia civil en verano de 1936.

Por todo esto, el año de 1935 es un año crucial para la historiografía catalana, tal como ya puso de manifiesto el historiador Jaume Sobrequés en su artículo del año 1989,<sup>35</sup> al saltar a la palestra mediática una polémica que ya estaba latente desde años atrás. Y esta fecha tiene también la peculiaridad de producirse poco antes de estallar la guerra civil, lo que sin duda beneficiaría a la supuesta “historiografía independiente”, que saldría fortalecida de esa polémica, al producirse la solución de continuidad que -en todos los campos, pero de un modo determinante en el intelectual- produjo la guerra civil española. Desde luego, lo que es indudable es que en esa polémica las cartas se exponen claramente y los ataques son tan frontales que degeneran en la afrenta personal.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Como se demuestra, desde los años cuarenta a los ochenta, en la evolución de la historiografía polaca y la misma soviética: ver los informes de la historiografía de la URSS y Polonia en Georg G. IGGERS y Harold T. PARKER (ed.), *International Handbook...*

<sup>35</sup> Jaume SOBREQUÉS, “Un moment crucial...”.

<sup>36</sup> Sirvan como botón de muestra unas palabras de Rovira entresacadas de uno de esos artículos: “Un jove investigador, Jaume Vicens, ha publicat en la revista dels “Estudis Universitaris Catalans” un treball intitulat *La política de Ferran II durant la guerra remença*. L'autor es presenta com un vindicador i un panegirista del Rei Catòlic... el fons polític i crític del seu treball és d'una gran feblesa, d'una parcialitat accentuada i a estones d'una excessiva ingenuïtat... El senyor Vicens haria aprofitat millor la seva activitat lloable limitant-se a la publicació d'alguns nous documents que ha trobat “ (Antoni ROVIRA i VIRGILI, “La juventut intel.lectual catalana”, en *La Humanitat*, 7 de agosto de 1935).



\*\*\*\*\*

Ramon d’Abadal, en el sentido prólogo que abre los dos densos tomos de la *Obra dispersa* de Jaume Vicens Vives, editados en 1967, comenta que la historiografía, en contra de lo que se suele pensar, no es una ciencia, sino un arte.<sup>37</sup> El buen historiador es como el buen artista, ya que no sólo se queda en un arte de planteamiento y expresión sino también de intuición, comprensión, interpretación y síntesis. Esta afirmación, por muy discutible que pueda parecer, ilustra la pasión con que se ha vivido tradicionalmente la historia y la historiografía en Cataluña, y es un buen pórtico para introducir los comentarios que siguen.

El notable interés por la historia y por los historiadores catalanes viene probablemente determinado por la necesidad de Cataluña de interpretar su pasado y comprender su presente, para reencontrar una identidad supuestamente perdida. El historiador es, en esa tierra, ciertamente un intelectual, pero un intelectual que suele jugar un papel que en muchas ocasiones se extiende más allá del puramente “profesional”, adentrándose en otras esferas de la vida, como son la política y la mediática. Es muy llamativo, por ejemplo, que en los años treinta los historiadores catalanes más importantes realicen frecuentes colaboraciones con la prensa del momento. Una tendencia que se da de modo paralelo en el resto de España, pero no de la mano de los historiadores sino más bien de la mano de literatos, filósofos e intelectuales de corte liberal.<sup>38</sup>

Uno de los mejores elogios que ha recibido Jaume Vicens Vives proviene de la pluma del ya mencionado Ramon d’Abadal. Éste afirmaba que el historiador gerundense fue capaz de superar el defecto de aislamiento de cierta historiografía nacionalista, que suele desenfocar los hechos, adjudicando valores de originalidad donde no hay más que

---

<sup>37</sup> Ramon d’ABADAL, “Pròleg”, en *Obra Dispersa...*, p. III. Desde luego, el historiador catalán no fue el primero ni será el último en referirse a este asunto: se trata de un debate bien presente entre la historiografía del siglo XX.

<sup>38</sup> Ver, por ejemplo, Víctor OUIMETTE, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pre-textos, 1998, 2 vols.

reflejos de actividades más comunes.<sup>39</sup> Y es que, ciertamente, el nacionalismo como vivencia y como corriente de pensamiento y de acción ha influido enormemente en la historiografía catalana del siglo XX.

La necesidad de dar una orientación “patriótica” a los estudios históricos estaba explícitamente planteada entre la historiografía catalana tradicional. Antoni Rovira i Virgili, uno de los principales exponentes de esta historiografía ya consolidada,<sup>40</sup> lanzaba en agosto de 1935 un punzante ataque a la nueva generación de historiadores, encabezada por el joven Vicens, que empezaba a descollar en aquel momento en el panorama historiográfico. Merece la pena transcribir aquí algunas de sus palabras, publicadas en una revista de talante intelectual, utilizando un tono ciertamente vehemente y apasionado, recordando quizás aquellos “combates por la historia” de los que iba a hablar Lucien Febvre:<sup>41</sup>

“¡Curioso caso, el de algunos jóvenes investigadores de la historia catalana! Helos aquí, con una preparación y un utillaje científico superiores a los de la gran mayoría de sus colegas de algunos lustros atrás, pero que muestran, más que un criterio objetivo, una prevención contra el punto de mira nacional en la historia. Estos jóvenes piensan que, para trabajar en la labor de la investigación y la crítica históricas, la llama del catalanismo es un estorbo y hojean los registros de los archivos con una frialdad que, en lugar de hacer más clara su visión del pasado, los inhabilita para comprenderlo y para penetrar en la significación de los acontecimientos y en el alma de los personajes. Un ob-

---

<sup>39</sup> Ramon d'ABADAL, “Pròleg”, en *Obra Dispersa...*, p. III. Realmente, las palabras de Abadal se cumplieron a la letra, si se aplican al enfoque de la historiografía “nacionalista” española, que consideraba a España como un caso especial dentro de la evolución general de Occidente (ver la reciente revisión de Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de hoy, 2000).

<sup>40</sup> Sobre el ambiente intelectual de la historiografía catalana de los años treinta, véase Enric PUJOL, “Els historiadors republicans d'Esquerra...”, pp. 29-35.

<sup>41</sup> Sin embargo, vistas las cosas desde el punto de vista propiamente historiográfico, los “combates” de Febvre conectan mucho más con los intereses epistemológicos y metodológicos de un Vicens i Vives que con los desvelos patrióticos de un Rovira i Virgili: véase Lucien FEBVRE, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1974 (1953).



servador frío no es, al contrario de lo que muchos piensan, un observador clarividente.

"Constatamos desde hace tiempo una tendencia al aumento de esta clase de estudiosos e investigadores, que hacen trabajos históricos como si fuesen una autopsia de un cadáver, sin darse cuenta de que la historia nacional es un cuerpo vivo y palpitante y que, como ha dicho Benedetto Croce, la verdadera finalidad de la historia es explicar el presente."<sup>42</sup>

El problema de fondo es pues, "la conciencia nacional" y la cita a Benedetto Croce no deja de tener en este contexto, desde luego, un gran interés. El historiador italiano había publicado ya algunas de sus obras en las que entraba de lleno en la problemática de la teoría de la historia. La idea de Croce es que hay un compromiso que se establece, de forma natural, entre el historiador y las realidades políticas que le envuelven.<sup>43</sup> En este contexto, sería muy interesante profundizar en el paralelismo que existe entre el rechazo que se produce de las tesis de Benedetto Croce después de la segunda Guerra Mundial entre la historiografía italiana deslumbrada por el marxismo y el análogo rechazo que se produce de las tesis de Ferran Soldevila -bien es cierto que por muy diversas motivaciones- entre la historiografía catalana de la posguerra civil española.

---

<sup>42</sup> A. Rovira i Virgili, "La juventut intel.lectual catalana", *La Humanitat*, 7 de agosto de 1935. La traducción de este texto y de los que siguen es nuestra. Está realizada con un criterio más bien literal, procurando así no perder el estilo vehemente y algo recargado del original en catalán que tienen los textos de Rovira, de Vicens y de otros historiadores que también intervinieron en estos debates.

<sup>43</sup> Esta es una de las tesis de fondo desarrollada por el historiador italiano durante los años veinte y treinta y recogida en B. Croce, *La historia como hazaña de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, publicado originariamente en 1938, especialmente en su capítulo "Historiografía y política". Sin embargo, tengo serias dudas que Croce, un historicista radical que enlazaba con la vertiente más teórica de la historiografía, fuera bien asimilado por Rovira i Virgili. En otro lugar hemos comentado esa cita de Croce: Jaume AURELL, "La interpretació històrica de la Catalunya del segle XV: historiografia, acció política i compromís nacional", en *L'Avenç*, 228, 1998, p. 6.

#### 4. *Historia y vivencia: la instrumentalización de la historia y el presentismo historiográfico*

Hay otro punto interesante a resaltar en el ataque de Rovira a las nuevas generaciones de historiadores. Al final del texto transcrito, habla de la necesidad de hacer historia para comprender el presente. Esta orientación, sin embargo, degenera no pocas veces en el *presentismo*, que consiste básicamente en aplicar en la interpretación y el estudio de épocas pasadas las condiciones del presente, desde donde escribe el historiador.<sup>44</sup> Este es el planteamiento por el que aboga Rovira y que, paradójicamente, será uno de los puntos más criticados en la ingente labor historiográfica que, años más tarde, desarrollaría Vicens. En efecto, este fue quizás uno de los puntos más vulnerables del Vicens de los años cuarenta y cincuenta.<sup>45</sup>

Lo que queda claro es que Rovira, en total contraste con Vicens, apuesta sin ambages por la necesidad de partir de los planteamientos nacionalistas para hacer una historia rigurosa. Hoy en día, esta orientación parece estar superada, aunque sólo fuera por la abundante experiencia de la gran cantidad de excelentes monografías que han realizado historiadores sobre un tema o un país totalmente diferente al suyo. Sin embargo, es evidente que el mencionado debate sigue presente en la historiografía catalana, aunque quizás ha adquirido unas formas bien diferentes de las que aparecían en los años treinta.<sup>46</sup> Por este motivo, para captar en toda su hondura el alma del mencionado debate historiográfico, hay que adentrarse también en el espíritu de la época desde donde Rovira estaba escribiendo.

Hacia mediados de 1935 –que es cuando estalla el debate entre Rovira i Virgili y Vicens Vives– la Segunda República estaba llegando

---

<sup>44</sup> Sobre el presentismo historiográfico, son útiles las reflexiones de Agnes HELLER, *A theory of History*, London, Routledge, 1982, pp. 81-90.

<sup>45</sup> Esto se pone especialmente de manifiesto en los estudios de Vicens sobre el siglo XIX catalán: especialmente su Jaume VICENS VIVES y Montserrat LLORENS, *Industrials i polítics del segle XIX*, Barcelona, Teide, 1958, glosado en Josep M. MUÑOZ, *Jaume Vicens...*, pp. 295-310.

<sup>46</sup> Véase Josep Maria SALRACH, “Nacionalisme i historiadors: Per una història de Catalunya sense esquarterar”, en *Revista de Catalunya*, 103 (1996), pp. 3-9.



a su fin, al menos en lo que se refiere a su fase previa al estallido de la guerra civil. La proclamación de la República Catalana el 14 de abril de 1931, inmediatamente después de la caída de la Monarquía y la proclamación de la República Española, quedó pronto reducida a un hecho fugaz pero tremendamente simbólico y con unas repercusiones posteriores reales, en términos de gobierno autónomo. A la ilusión que el experimento republicano trajo consigo para todos los españoles por el mismo hecho de la renovación que suponía para la vida política nacional, se unía en Cataluña la posibilidad de conseguir una mayor autonomía, incluso la independencia, una aspiración histórica permanente que la *Reinaxença* había conseguido revitalizar política y culturalmente y que el desarrollo del *modernismo* había fortalecido.<sup>47</sup>

En este contexto, algunos historiadores se vieron en la necesidad de apoyar el proceso nacionalista, blandiendo el arma que tenían más a mano, y que lógicamente consideraban como más eficaz: la historia. Desde luego, es un proceso que culmina en los años treinta, durante los intensos años de la República, pero que venía de más lejos, hundiéndose sus raíces en el peculiar ambiente de crecimiento económico, aumento de la conciencia nacional y revitalización cultural que se dio en Cataluña -y muy especialmente en la ciudad de Barcelona- durante la segunda mitad del siglo XIX.<sup>48</sup> Movimiento romántico-nacionalista que, paradójicamente, llevó a ciertos sectores del nacionalismo catalán a reflexionar sobre el papel de Cataluña en España, tal como queda reflejado en los trabajos del Vicente Cacho, algunos de ellos publicados en el volumen póstumo que lleva un expresivo título: “El nacionalismo catalán como factor de modernización”.<sup>49</sup>

Las circunstancias especiales que envolvieron la *Renaixença* catalana favorecieron, como sucedió en tantos otros ámbitos historiográficos europeos, la eclosión de un tipo de historiador comprometido no

---

<sup>47</sup> Ver los agudos comentarios de Vicente CACHO VIU, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Crema, 1998, pp. 49-80, en el segundo capítulo, que lleva por título “Modernismo catalán y nacionalismo cultural.”

<sup>48</sup> Ver los capítulos dedicados a este aspecto en Jaume SOBREQUÉS (ed.), *Història Contemporània de Catalunya*, Barcelona, Columna, 1997-1998, 2 vols.

<sup>49</sup> Vicente CACHO VIU, *El nacionalismo catalán...*

sólo con su oficio sino también con su nación. Sin duda alguna, con su entusiasmo y empuje, esos historiadores de las primeras generaciones después de la *Renaixença* abrieron nuevas vías para el conocimiento del pasado, profundizando en las técnicas de investigación y enriqueciendo la metodología.<sup>50</sup> No es de extrañar así que la historiografía catalana tuviera un dinamismo tan llamativo ya a finales del siglo XIX y principios del XX, donde florecieron o se consolidaron incluso algunas instituciones como el “Institut d’Estudis Catalans”, el “Ateneu Barcelonès”, los “Estudis Universitaris Catalans” o la “Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona”<sup>51</sup> que tanto contribuyeron también a la proliferación de los estudios históricos y humanísticos (no hay que olvidar tampoco que es una época pujante en cuanto a estudios relacionados con las letras catalanas).

Pero, junto al impulso que esta motivación nacionalista supuso para la cultura y la historiografía catalana, hay que apuntar también que esta tendencia produjo una proliferación de los planteamientos simplistas entre los historiadores, que identificaban las épocas de mayor autonomía o independencia catalana con sus épocas más prósperas y brillantes. Y, de este modo, la historiografía catalana del primer tercio del siglo XX cayó en algunas ocasiones en un cierto victimismo historiográfico.

Se consolidó así en la Cataluña de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX un modo de hacer historia a la defensiva, en el que se exaltaban o se enaltecían todos aquellos aspectos que se identificaban con la esencia de Cataluña, dejando en un segundo plano o para el comentario marginal los que eran considerados como influencias extranjeras y foráneas.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> Una profundización en esta afirmación, con algunos ejemplos concretos, se puede hallar en Jaume SOBREQUÉS, “Les històries generals de Catalunya en el període històric de la Renaixença i el Romanticisme (segle XIX)”, *La historiografia catalana. Balanç i perspectives*, Girona, 1990, pp. 19-35 y en Enric PUJOL, “Fi de segle i avenç científic...”, pp. 32-37.

<sup>51</sup> Aunque reformada entonces, la *Reial Acadèmia de Bones Lletres* había sido fundada en el siglo XVIII.

<sup>52</sup> Las relaciones y el debate intelectual y político entre Cataluña y España ha sido una de las constantes de la historia española del siglo XX. Un excelente testimonio de este debate son los artículos publicados por el “perio-



Una consecuencia directa de este proceso intelectual es el recelo con que era mirado todo lo que tenía sabor a castellano. Castilla era el país vecino que, con su dominio a partir del siglo XVI, había obstaculizado la modernización de Cataluña. No deja de ser significativo que el origen de esta visión despectiva de Castilla y de lo castellano cuajara en un momento en el que se estaba produciendo un sensible avance económico y cultural en Cataluña, especialmente en la Barcelona de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. La revolución industrial estaba por fin dando unos frutos concretos en el ámbito económico; el debate político y social hacía precisa una modernización de los mecanismos que regían la vida laboral y, en el ámbito cultural, el nacionalismo había actuado de catalizador en el desarrollo de las instituciones y las manifestaciones intelectuales y artísticas.

Este ambiente de euforia mediatizaba sin duda la cosmovisión que algunos historiadores catalanes tenían de la trayectoria vital de su pueblo, cayendo en el extremo ya mencionado del *presentismo*. En este sentido, se puede afirmar que Castilla pagaba los platos rotos de dos de las características más llamativas, específicas y representativas de la historia catalana: por un lado, la incapacidad por superar los momentos más críticos de su historia (aquellos que Jaume Vicens Vives llamó “las revoluciones”, en su sugerente ensayo *Notícia de Catalunya*). Por otro, el dominio del arrebatación (si es que así se puede traducir la palabra catalana *rauxa*) en los momentos en los que era más necesario el talante ponderado, moderado, pactista y pragmático (el *seny*) que había dominado durante tanto tiempo la historia del pueblo catalán. En efecto, no era sencillo explicar por qué un pueblo que había conseguido unos logros tan llamativos, como la misma expansión mediterránea medieval, se dejaba dominar en un corto lapso de tiempo por la *rauxa* (algo así como una locura desmesurada, que se descarga en un instante visceral), que echaba todo por la borda lo que el *seny* había conseguido a través de siglos de trabajo constante.<sup>53</sup> Y eso pasó tanto en 1462 (la guerra civil contra el rey Juan II) como en las revoluciones de la primera mitad del siglo XVII contra el duque de Olivares o en la derrota de 1714 y la implantación del *Derecho de*

---

dista” Antoni Rovira i Virgili durante los años 1909 y 1932, compilados por Jaume Sobrequés en Antoni ROVIRA i VIRGILI, *Catalunya i Espanya...*

<sup>53</sup> Jaume VICENS VIVES, *Notícia de Catalunya*, Barcelona, Destino, 1982 (1960), pp. 212-226.

*Nueva Planta* borbónico y la eliminación de las instituciones de gobierno catalanas, que no se recuperarían propiamente hasta 1931, con la proclamación de la República.

Todos ellos son, en efecto, problemas complejos desde el punto de vista de la metodología histórica y dolorosos desde el punto de vista de la vivencia histórica (factores ambos -Historia y vivencia- que, en la mentalidad de esos “historiadores románticos”, se trababan sin solución de continuidad). La salida más habitual era entonces acudir a la injerencia castellana como factor determinante del retraso o del colapso catalán.<sup>54</sup> Pero ciertamente es paradójico que, si se daba tanta trascendencia a la actuación castellana en esos eventos, poco se profundizaba en las consecuencias nefastas que tuvo para España -y, por tanto, para Cataluña- la invasión napoleónica, que fundamentó el crónico retraso español del siglo XIX, cuya impronta se ha dejado sentir hasta bien entrado el siglo XX. Por tanto, la tendencia de esa historiografía “romántica” era atribuir la responsabilidad de los periodos más decadentes de la historia de Cataluña a la injerencia castellana. Una injerencia castellana, todo hay que decirlo, tan evidente desde el punto de vista político a partir del siglo XVI, como inexistente desde tantos otros aspectos de la realidad histórica.<sup>55</sup>

Con esa tendencia de exaltación de lo propio y recelo ante lo foráneo, la historiografía catalana estaba cayendo en definitiva en el mismo callejón sin salida en que se halló durante muchos años la historiografía castellana: la consideración de la propia nación como algo específico, especial, absolutamente original. Ese es el *alma* que activa cada latido de la obra de Claudio Sánchez de Albornoz o de Ramon

---

<sup>54</sup> Por ejemplo, un estudio desapasionado, frío y bien documentado como el recientemente publicado por Albert GARCIA-ESPUCHE (*Un siglo decisivo. Barcelona y Cataluña, 1550-1640*, Madrid, Alianza Editorial, 1998) sobre una época tan difícil y traumática para los catalanes como los siglos XVI y XVII, hubiera sido inconcebible para esta historiografía.

<sup>55</sup> Porque parece evidente que Castilla tenía también sus problemas, y que por su misma evolución era difícil que pudiera influir de manera determinante en Cataluña: Miguel Ángel LADERO QUESADA, “La “decadencia” española como argumento historiográfico”, en *Hispania Sacra*, XLVIII/97, 1996, pp. 4-50. Para este asunto, volvemos a remitir a Horst HINA, *Castilla y Cataluña...*, pp. 79-84.

Menéndez Pidal, por citar a dos de los historiadores más representativos de la historiografía castellana: es el “enigma histórico de España”.<sup>56</sup> Esa misma atmósfera se deja sentir en buena parte de la historiografía catalana, al menos la que le llega directamente al primer Vicens Vives: el medievalista. En este sentido, es bien comprensible la feroz crítica que Vicens realiza, en los años ya posteriores a la guerra civil, a Salvador Sanpere i Miquel (1840-1915), un historiador y político cuyos textos sobre el siglo XV catalán eran, para Vicens, el paradigma de la ceguera historiográfica causada por el nacionalismo de corte romántico.<sup>57</sup>

La historiografía “romántica” catalana utilizaba, además, una metodología muy concreta para exponer estas ideas, que a su vez es bien significativa del finismo de su visión de la historia.<sup>58</sup> Los aspectos políticos prevalecían sobre todos los demás, haciéndose eco de este modo de una visión de la historia que, al contrario de lo que suele afirmarse, no conocía todavía a fondo la reacción rankiana que se estaba extendiendo por otros ámbitos historiográficos europeos. De este modo, no parece oportuno que se pueda hablar de una historiografía positivista en la Cataluña de principios del siglo XX, por la sencilla razón de que estaba todavía en un estado anterior, más emparen-

---

<sup>56</sup> Ver la interesante glosa que de la obra albornociana realiza Miguel Angel LADERO QUESADA, “¿Es todavía España un enigma histórico? (releyendo a Sánchez de Albornoz)”, incluido en *Lecturas sobre la España histórica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 317-341.

<sup>57</sup> No es posible extenderse ahora en los pormenores de estas críticas, que pueden seguirse someramente en Josep M. MUÑOZ, *Jaume Vicens...*, pp. 72-73. Con todo, cabe afirmar que Vicens se deja llevar en esta polémica, una vez más, por su impetuosidad: aunque es cierto que las ideas de Sanpere sobre la crisis catalana del siglo XV estaban siendo revisadas por el propio Vicens, no es menos cierto que la figura de este historiador catalán está siendo revisada, lo que está llevando a un mejor conocimiento de su notable aportación a la historiografía catalana de entresiglos.

<sup>58</sup> No es muy complejo ver en esa “instrumentalización” de la metodología histórica la influencia de autores como Jules Michelet, que había publicado su interpretación de la Revolución Francesa entre 1847 y 1853 (Jules MICHELET, *Historia de la Revolución Francesa*, Barcelona, Joaquín Gil, 1931-1933).



tado con el eco de la historiografía alemana de cuño romántico de un Humboldt o de un Herder que con el modelo rankiano.<sup>59</sup>

Desde esta perspectiva “politicista” —es decir, haciendo prevalecer los aspectos políticos y militares por encima de todos los demás— era sencillo reducir las causas de la decadencia catalana a la injerencia castellana, así como identificar los períodos más pujantes de su historia con los momentos de plena independencia o mayor autonomía.

##### 5. *Historiadores “románticos” e historiadores “científicos”*

Llegados a este punto, es necesario procurar delimitar y profundizar en el sentido exacto y las repercusiones concretas, desde el punto de vista historiográfico, de la división entre “historiadores románticos” e “historiadores científicos”, creada por Jaume Vicens Vives. Aunque a primera vista es sencillo entender lo que Vicens quería decir, no es nada fácil exponerlo en términos técnicos desde el punto de vista historiográfico.

Lo primero que hay que aclarar es que, aunque para Vicens la “historiografía romántica” era sinónima de manipulación, tergiversación y anacronismo histórico, la perspectiva con que vemos las cosas desde el nuevo siglo que acabamos de estrenar nos permite valorar con mayor hondura la labor constructiva de esos historiadores. En efecto, en muchos países europeos, fueron los historiadores románticos los primeros en elaborar las “biografías nacionales”: una visión orgánica de la nación, que adquiriría la madurez después de un lento proceso de gestación y de infancia, no exenta de las dificultades que todo crecimiento lleva consigo. Quedaron así fijadas las “historias oficiales” de esas grandes naciones europeas. Es lógico que, más adelante, esas historias nacionales fueran revisadas. Pero no cabe duda de que fueron un primer paso, tanto en la consolidación de la historiografía profesional como en la misma divulgación de la historia.

---

<sup>59</sup> El complejo asunto de la reacción historiográfica de Ranke contra el idealismo y su conexión con el historicismo lo expone con precisión Leonard KRIEGER, *Time's Reasons. Philosophies of history old and new*, Chicago, The University of Chicago Press, 1989.



La emoción con que los historiadores románticos hablaban del pasado catalán convirtió algunos de sus productos historiográficos en gestas de epopeyas y de heroísmo. No es ajena a esta visión la idealización del conde Guifré el Pilós, el origen de una saga que regiría los destinos del Principado durante largos siglos, a través del Casal de Barcelona. La idealización de un personaje histórico en el contexto de los orígenes de una nación no tiene, con todo, un alto grado de originalidad desde el punto de vista historiográfico. También Castilla idealizó en su momento a Don Pelayo o Francia a Hugo Capeto, por no hablar de los *ídolos* de las naciones europeas contemporáneas. Recientemente, se ha hablado, por ejemplo, de los Pirineos como punto de partida de la creación de las futuras naciones, a través de las leyendas de Aznar Galindo, Guifré el Pilós y Bernardo de Carpio.<sup>60</sup>

La creación de los mitos patrióticos se suele verificar, precisamente, en un momento de exaltación de los valores nacionalistas. Y, en el caso de Cataluña, esto se da a la letra, en el contexto de las consecuencias que la *Renaixença* tuvo en todos los campos de la realidad histórica, especialmente en el cultural. Esa misma exaltación se había producido, en amplios sectores de Occidente, durante la baja edad media, normalmente en el contexto de la búsqueda de legitimación de las monarquías que se estaban consolidando. Sin embargo, ahora el proceso afectaba a un mayor espectro de la realidad histórica, convirtiéndose en un fenómeno de mayores repercusiones populares que en épocas anteriores.

Como se ha pretendido demostrar recientemente en uno de los más ambiciosos proyectos historiográficos que se han llevado a cabo, la invención de la *memoria-patrimonio* es lo que permite recuperar el pasado nacional. Esta memoria permite acomodarse en un punto medio entre un cierto desapego postmoderno y el sentimiento de pertenencia, de compartir una memoria colectiva que nos singulariza.<sup>61</sup>

---

<sup>60</sup> Ver las reflexiones de José Enrique RUIZ DOMÈNEC, *Cruzando los Pirineos en la Edad Media*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 1999 y, desde otra perspectiva, Pim dem BOER (ed.), *Lieux de mémoire et identités nationales*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1994.

<sup>61</sup> Pierre NORA (ed.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992, glossado por Santiago LEONÉ, "Entre la crítica y la nostalgia: la problemática

Este es precisamente el contexto historiográfico, lleno de responsabilidades nacionalistas, que Jaume Vicens Vives se encuentra en los años treinta, los años de su formación intelectual y profesional. Es más sencillo comprender entonces que, llevado por la vehemencia, la tendencia mesiánica y -¿por qué no decirlo?- la vanidad intelectual que tanto le caracterizaba, criticara con agresividad la tendenciosidad y la capacidad de manipular los hechos de la historiografía que le había precedido:<sup>62</sup> no era extraño entonces que “la síntesis histórica que elaboraron (los historiadores que le habían precedido) fuese en extremo simplista -todo lo bueno debido a los esfuerzos catalanes, todo lo malo debido a los malévolos manejos de los enemigos nacionales- y en su mayor parte falsa, muchas veces por olvido, desmesura o falta de tiempo y muchas otras veces, y esto es más sensible, por falsedad clara y manifiesta. La nueva generación de historiadores no ha de respetar ninguna jerarquía, ni esconder ningún defecto, ni regatear ningún mérito, si quiere construir la única historia de Cataluña que se puede aceptar: la que se desprenda de los documentos y del estudio cuidadoso de los sucesivos ambientes históricos por los que ha pasado Cataluña”.<sup>63</sup>

Vicens respondía explícitamente a un artículo previo de Rovira i Virgili, pero su crítica se extendía a todas las generaciones de historiadores anteriores a él, representados principalmente, por Pròsper de Bofarull, Salvador Sanpere i Miquel, Francesc Carreras i Candi, el mismo Antoni Rovira i Virgili o Ferran Soldevila. Todos estos historiadores catalanes estaban plenamente comprometidos en una historiografía que podríamos tildar de *nacionalista*. Pero, precisamente, lo que aquí interesa remarcar también es la inmensa diferencia de tipo metodológico, humano, científico y de formación intelectual que hay entre todos ellos, lo que pone todavía más de manifiesto que la distinción que Vicens hacía tan radical entre “historiografía romántica” e

---

de Pierre Nora (A propósito de *Les lieux de mémoire*), en *Memoria y Civilización*, 2, 1999, pp. 339-348.

<sup>62</sup> Con esta frase sólo pretendemos describir un aspecto de la personalidad de Vicens, que en ningún modo desacredita su ingente labor como historiador y su indudable influencia en la historiografía española contemporánea.

<sup>63</sup> Jaume VICENS VIVES, “Ferran II, alliberador dels pagesos catalans”, en *La Publicitat*, 25 de agosto de 1935.

“historiografía profesional y científica” era tan injusta como artificial y simplista. Ahora bien: analizando exclusivamente la relación entre historiografía y nacionalismo, quizás esa distinción no era tan desacertada, y probablemente por ello ha cuajado, consciente o inconscientemente, en el enjuiciamiento historiográfico posterior.

Se puede hablar de varias generaciones entre los historiadores catalanes que pueden considerarse propiamente “románticos”: un primerísimo grupo formado por Pau Piferrer, Víctor Balaguer, Andreu Avel·lí Pi i Arimon y Antoni de Bofarull. Habría una segunda generación, entre los que podrían destacar Salvador Sanpere i Miguel y Francesc Carreras i Candi.<sup>64</sup> Éste último era un historiador pulcro, detallista, que había intervenido con acierto en algunos debates historiográficos de gran calado, como el que se refería a la interpretación de la decadencia de la Barcelona medieval, cuyos síntomas iniciales se detectan a partir del siglo XV.<sup>65</sup>

En un tercer grupo, estarían aquellos historiadores que, sin entrar propiamente en la categoría de “románticos” tal como se entiende desde una perspectiva puramente historiográfica, eran metidos en ese grupo -en un evidente ejercicio de simplificación vital, más que propiamente técnico-historiográfico- por Jaume Vicens: los casos más característicos son Antoni Rovira i Virgili y Ferran Soldevila.

Rovira i Virgili es el clásico ejemplo del *historiador-activista*, que suele compatibilizar su dedicación a la historia con la dedicación a los absorbentes mundos de la política y el periodismo. Y, lógicamente, su producción sufre una merma de la profundidad y de calado de otros historiadores que le precedieron o eran contemporáneos suyos (como Antoni de Capmany, Antoni de Bofarull, Francesc Carreras i Candi o Ferran Soldevila). Sin embargo, era el historiador que se defendía también con más vehemencia, quizás porque detectó desde el principio que los ataques de Vicens estaban cada vez más dirigidos a su persona. En esta dirección, son significativas unas palabras suyas en

---

<sup>64</sup> Josep FONTANA, “Els historiadors romàntics”, en *L’Avenç*, 200 (1996), pp. 10-11.

<sup>65</sup> Hemos intentado intervenir en ese debate en Jaume AURELL y Alfons PUIGARNAU, *La cultura del mercader en la Barcelona del siglo XV*, Barcelona, Omega, 1998.

las que hace una distinción algo forzada entre “historia nacional” e “historia patriótica”: “he sido yo el que he hecho la distinción, que me parece indispensable, entre historia nacional y historia patriótica, rechazando esta última por el sentido de parcialidad y de panegírico que acostumbra a tener. En el prólogo de la *Història nacional de Catalunya* he escrito: ‘La concepción apologética social. Ni levantaremos hasta las nubes las gestas, las instituciones y los hombres de nuestra patria; ni pondremos a toda hora, sistemáticamente, la razón del lado de Cataluña; ni aceptaremos las leyendas doradas y las bellas fábulas; ni rechazaremos las verdades tristes y ásperas. Nuestro amor filial a Cataluña no me hará ver las cosas a través de un prisma parcial... Y si renunciamos a la parcialidad tendenciosa en aquello que se refiere al aspecto patriótico de la obra, con mucha más razón renunciaremos en aquello que se refiere al aspecto político’.”<sup>66</sup>

Las citas en que Rovira i Virgili pretendía justificar su modo de hacer historia podrían alargarse mucho más aquí, aunque bien es cierto que una lectura atenta de su obra desmiente en algunos pasajes estas afirmaciones tan categóricas. En concreto, el mismo título de su obra (que llevaba el significativo adjetivo *nacional*) es muestra bien elocuente de la finalidad de ese magno intento de reescribir la historia de Cataluña desde una perspectiva nacionalista. El mismo Rovira i Virgili concluía sus afirmaciones, yendo al núcleo de la cuestión que ahora nos ocupa: “¿Quién puede prescindir del factor nacional en ninguno de los hechos trascendentales de la historia catalana?”

Ferran Soldevila era, por su parte, un historiador que había forjado su solidez a través del contacto directo con la documentación medieval (circunstancia por la que, dicho sea de paso, coincidía totalmente con Vicens, que también iniciaría su singladura histórica a través de la documentación referente a las instituciones y la problemática social del siglo XV catalán). Soldevila, a diferencia de Rovira i Virgili, tenía la consistencia del historiador profesional y, a diferencia también de aquel, podía tratar de tú a tú a las grandes figuras de la historiografía castellana. Buena prueba de ello es que dedicó un libro entero a rebatir las ideas de Ramón Menéndez Pidal, en el que precisamente cae en

---

<sup>66</sup> Antoni ROVIRA i VIRGILI, “Ferran II el Catòlic i els remences”, en *La Publicitat*, 28 de agosto de 1935.

el mismo defecto que él pretende rebatir, tal como afirma explícitamente desde la introducción: la apología histórica.<sup>67</sup>

Llegamos así al núcleo de la cuestión: ¿qué significaba exactamente para tres historiadores como Antoni Rovira i Virgili, Ferran Soldevila o Jaume Vicens Vives el término *nacional*? Para responder a esta pregunta, hay que partir de la diferente formación intelectual y profesional y de las tendencias políticas de los mencionados historiadores.<sup>68</sup> Rovira era eminentemente un periodista que consideraba que la historia era el mejor instrumento para la afirmación nacional; Ferran Soldevila se había formado en el *noucentisme*, un movimiento cultural que está en la base de toda su obra histórica y que, como se ha puesto recientemente de manifiesto, influye enormemente en su evolución posterior -no hay que olvidar que Soldevila muere en 1970, por lo que tiene una dilatada trayectoria como historiador.<sup>69</sup> Y, por fin, Vicens entra de lleno en la época de la verdadera profesionalización de la historia, un movimiento que en Europa se había dado ya a finales de siglo pero que en España llevaba, como en tantas otras manifestaciones de la cultura, un cierto retraso.<sup>70</sup>

En síntesis, y simplificando, tenemos a un periodista, a un historiador-literato y a un historiador “en estado puro” combatiendo por una idea de la historia. Está claro que las diferencias entre Rovira, por un lado y Soldevila y Vicens, por otro, vienen determinadas por su di-

---

<sup>67</sup> Ferran SOLDEVILA, *El Compromís de Casp*, Barcelona, Dalmau, 1994 (el original es de 1965). No podemos ahora profundizar en la cuestión a la que nos referimos en el texto, porque nos metería de lleno en un asunto de gran calado, que merecería una investigación específica: el debate historiográfico Castilla-Cataluña.

<sup>68</sup> La relación entre historiadores y políticos, y la frecuente simbiosis que se establece entre ambos, están analizados en la obra conjunta de Walter LAQUEUR y George L. MOSSE (ed.), *Historians in Politics*, London, Sage, 1974.

<sup>69</sup> Enric PUJOL, *Ferran Soldevila...*, pp. 35-39, e *Id.*, “La historiografía noucentista...”.

<sup>70</sup> Sobre el proceso de profesionalización de la historia -interesante asunto sobre el que no nos es posible detenernos aquí- ver P.J. den BOER, *History as a profession: the study of history in France, 1818-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1998. Para el caso español, se puede consultar Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Los guardianes de la historia...*

versa formación profesional. Y es que, tal como apuntó sutilmente otro historiador catalán al cabo de bastantes años, la idea de Rovira de hacer una *historia nacional* se contraponía a la de Ferran Soldevila de hacer una *historia sincera* de Cataluña o, lo que es lo mismo, más rigurosa desde el punto de vista historiográfico.<sup>71</sup> Por otro lado, así como Rovira era un compilador de materiales de segunda mano -en sus obras no solía utilizar documentación inédita-, Soldevila y Vicens basaban todas sus argumentaciones en la dilatada experiencia que tenían en los archivos, que incluso anteponian a sus compromisos socio-profesionales.<sup>72</sup>

En este punto, el debate entre historia y nacionalismo que hemos venido centrando en Rovira y Vicens, se traslada a Soldevila y Vicens, iniciándose así un debate que probablemente tiene mucha más enjundia desde el punto de vista puramente historiográfico que el primero. Vicens y Soldevila no estaban enemistados. Ciertamente, hubo entre ellos un intenso debate historiográfico, sobre todo en los primeros años. Pero hasta que no han aparecido estudios de detalle sobre su vida y sobre sus obras históricas, no se ha podido demostrar con claridad que la supuesta enemistad, indiferencia o recelo entre ambos no era más que un rumor que no tenía fundamento real, sobre todo en los últimos años, cuando defendían los dos un mismo frente común.<sup>73</sup> El epistolario recientemente publicado de Vicens demuestra que la relación que mantenían ambos era cordial, aunque bien es cierto que mantenían claras diferencias metodológicas y que, más que nunca, en

---

<sup>71</sup> Ramon d'ABADAL, "Pròleg...", pp. VII-VIII.

<sup>72</sup> En una carta a Yves Renouard, Jaume Vicens se disculpa por no haber ido a visitarle a pesar de haber pasado unos días en París porque "desgraciadamente no tuve tiempo más que para ir a los Archivos y Bibliotecas de esa capital" (*Epistolari de Jaume Vicens Vives*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, 1998, t. II, p. 363, carta del 23 de noviembre de 1959). Basta también con leer la expresiva "Presentación" de Jaume Vicens en una de sus obras más eruditas (*Historia de los Remensas en el siglo XV*, Barcelona, Vicens Vives, 1978, pp. 3-4 -la edición original es de 1944) para darse cuenta de esta realidad.

<sup>73</sup> A este asunto se han referido, llegando a similares conclusiones tanto Enric Pujol como Josep M. Muñoz i Lloret en sus respectivas biografías sobre Ferran Soldevila y Jaume Vicens.



esa relación profesional se puede aplicar la máxima de que “lo cordial no quita lo valiente”.<sup>74</sup>

Es indudable, con todo, que Vicens, aunque tenía una especial deferencia por Soldevila,<sup>75</sup> lo incluía dentro de lo que él llamaba la historiografía romántica catalana. Pero tampoco podía ser de otro modo, por la sencilla razón de que Vicens metía en ese grupo a todos sus antecesores. En concreto, en una de sus obras programáticas -*Notícia de Catalunya*- hacía una velada crítica a Soldevila, por su visión algo ingenua -y romántica- de la edad media catalana: “Una de las grandes ilusiones del historiador romántico, tanto si procedía del campo liberal como si se sentía incluido entre las gentes amantes de la tradición, fue considerar la edad media como una época de libertades. Confundía la libertad que él defendía -de raigambre jacobina- o el fuero que veneraba -un resto petrificado de pretéritas concepciones históricas- con la existencia efectiva de unas condiciones jurídicas, señoriales o urbanas, privilegiadas. Porque es preciso que nos entendamos bien desde un principio: privilegio no quiere decir, precisamente, libertad, ni tampoco libertades.”<sup>76</sup>

El análisis de la obra histórica de Soldevila y Vicens aparece, después de medio siglo transcurrido, más complementaria de lo que ellos mismos podrían prever. Al planteamiento *politicista* de Soldevila, Vicens incorpora la temática socioeconómica que le había inspirado la historiografía de los *Annales*. Esto se pone especialmente de manifiesto releendo los trabajos de Vicens respecto al siglo XV catalán, quizás los escritos donde consiguió un mayor equilibrio en cuanto al proporcionado equilibrio entre inducción y deducción que caracteriza a las obras históricas de mayor calidad. En este sentido, no me parece

---

<sup>74</sup> Ver las cartas que aparecen en el *Epistolari de Jaume Vicens...* entre Vicens y Soldevila: en el tomo I, pp. 253-254 y, sobre todo, en el tomo II, pp. 459-464.

<sup>75</sup> En una de las cartas citadas en la nota anterior hablaba de Soldevila como “una peça essencial en la cadena dels que ens anem succeint en el conreu del nostre passat” (“una pieza esencial en la cadena de los que nos vamos sucediendo en el cultivo de nuestro pasado”): carta de abril de 1949, recogida en la pag. 461 del tomo II de ese epistolario.

<sup>76</sup> Palabras recogidas en Jaume VICENS VIVES, *Obra Dispersa...*, t. I, p. VIII.

demasiado aventurado afirmar que el discurso que pronunció en su entrada en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona es uno de los episodios más logrados de la historiografía española del último siglo, por su claridad expositiva, su extrema coherencia y su capacidad de síntesis.<sup>77</sup> Pero a ese texto le faltaba todo el contexto político que unos años antes había expuesto Soldevila en el tomo correspondiente de su *Història de Catalunya*.<sup>78</sup>

Hay otro aspecto importante al considerar la trayectoria de Vicens, si se compara con otros historiadores de generaciones anteriores.<sup>79</sup> Vicens era un hombre con proyección externa: era conocido fuera de las fronteras españolas. Si bien es cierto que Soldevila pasó largas temporadas en el extranjero, especialmente en Inglaterra, no consiguió asimilar completamente las tendencias historiográficas que estaban en boga en Europa, cosa que sí conseguiría posteriormente Vicens.<sup>80</sup>

---

<sup>77</sup> Jaume VICENS VIVES, “Cataluña a mediados del siglo XV”, en *Obra Dispersa*, tomo I, pp. 177-219. Este texto lo publicó Vicens, con el título “Els orígens de la revolució catalana”, en la Introducción de su obra *Els Trastàmars*, publicada en Barcelona en 1958.

<sup>78</sup> Ferran Soldevila redactó esta obra entre el fin de la Dictadura de Primo de Rivera y la etapa de la Generalitat republicana, por encargo de Francesc Cambó: F. SOLDEVILA, *Història de Catalunya*, Barcelona, Alpha, 1934-1935. Para entender lo que supuso la publicación de esta obra en el panorama historiográfico catalán, son útiles los comentarios de Enric PUJOL, *Ferran Soldevila...*, pp. 107-125. Una obra ingente que tendría su continuación en su *Historia de España*, Barcelona, Ariel, 1952-1959, las circunstancias de publicación de la cual son comentadas por Enric PUJOL, “El prefaci inèdit de la *Història de Espanya* de Ferran Soldevila”, en *Afers*, 32, 1999, pp. 197-203.

<sup>79</sup> Aunque Soldevila sobrevivió a Vicens diez años, desde el punto de vista de la formación intelectual e historiográfica pertenecía a una generación anterior.

<sup>80</sup> Con todo, el hecho de haber estado de lector en Inglaterra le facilitó a Soldevila la creación de un buen entramado de relaciones en el extranjero y ganar prestigio en diferentes países: Enric PUJOL, *Ferran Soldevila...*, p. 229. Inglaterra era, junto a Francia y Alemania, el país europeo donde las innovaciones historiográficas estaban más puestas al día, como lo demuestra la obra del historiador Frederic William Maitland (1850-1906): cfr. Norman F. CANTOR, *Inventing the Middle Ages. The Lives, Works, an Ideas of the Great Medievalists of the Twentieth Century*, New York, Quill William Morrow, 1991, pp. 48-78.



Aunque, bien es cierto, Vicens tuvo la fortuna de llegar a la plenitud de su obra cuando estaba eclosionando la escuela de los *Annales*, lo que le enriqueció enormemente desde el punto de vista de la metodología histórica. En este sentido, el congreso al que asistió Vicens en París en 1950, cambió incluso su modo de concebir la tarea historiográfica.<sup>81</sup> Así lo testimoniaba uno de sus discípulos y colaboradores, Joan Mercader, para quien las obras de los años cincuenta de Vicens están dominadas por “el uso de los métodos estadísticos y con los mapas y gráficos representativos propios de la nueva historiografía de la revista *Annales*, de cuyas concepciones economicistas y estructurales, Vicens Vives se convirtió en el paladín de España desde que, en el “Congreso internacional de Ciencias Históricas” de París, de 1950, se convenció que la renovación de nuestra ciencia debía abrazar tales derroteros. Porque a pesar de sus tanteos geopolíticos y de su historia de los remensas catalanes, el Vicens que fue a París en 1950 era todavía un historiador político o diplomático”.<sup>82</sup>

La cita de Joan Mercader tiene el valor como testimonio de un discípulo directo, aunque no parece muy acertada desde el punto de vista puramente historiográfico: las obras que había publicado Vicens hasta el momento tenían, como mínimo, un marcado talante socio-político. Sin embargo, es indudable que ese congreso marcó definitivamente la trayectoria historiográfica personal de Vicens y, con él, de buena parte de la historiografía catalana y sin duda influyó también -quizás de un modo indirecto pero real- en la historiografía española. En conclusión, se puede afirmar, por tanto, que después de 1950 se puede hablar de una fase diferente de la historiografía catalana.

#### 6. Conclusiones: nacionalismo historiográfico y revisionismo generacional

La pluralidad metodológica e intelectual de los historiadores catalanes de la primera mitad del siglo XX demuestra que no se puede generalizar, hablando de una “historiografía romántica” anterior a la guerra civil y una “historiografía moderna” que encabezaría Vicens a partir de 1939. En cambio, la distinción entre historiadores “románti-

---

<sup>81</sup> El proceso está bien detallado en Josep M. MUÑOZ, *Jaume Vicens...*, pp. 187-192.

<sup>82</sup> Citado en Jaume VICENS VIVES, *Obra Dispersa*, t. I, p. X-XI.

cos” e historiadores “científicos” adquiere todo su sentido, paradójicamente, en la medida en que se relaciona con el influjo del nacionalismo en la historiografía catalana. Sin embargo, cuando esa distinción se trae a colación para clasificar maniqueamente a los historiadores entre “buenos” y “malos”, entre antiguos y modernos, entre aficionados y profesionales, entonces pierde todo su sentido.

Cada historiador es hijo de su tiempo. Que los historiadores catalanes de finales del siglo XIX recibieran un influjo mayor de las corrientes nacionalistas -con todo lo que esto comportaba desde la perspectiva puramente intelectual- es una realidad también histórica, que hay que asumir con todas sus consecuencias a la hora de analizar el talante de su obra historiográfica. Y, además, esa circunstancia añade un punto de interés para la labor de la historiografía, que puede captar con mayor hondura esa época -como todas las demás- a través del estudio de la labor del historiador, testigo cualificado de la época en que se halla inmerso.

Ciertamente, el postmodernismo intelectual, aliñado con una buena dosis de *pensamiento débil*, que parece dominar el contexto intelectual actual, nos dificulta quizás la comprensión del influjo que las ideologías podían tener entre los historiadores pretéritos. Sin embargo, para comprender en toda su hondura los tres escalones de la historiografía catalana contemporánea (que, de algún modo, están identificados en la persona de Antoni Rovira i Virgili, Ferran Soldevila y Jaume Vicens Vives) es necesario partir de la premisa del influjo del nacionalismo en su tarea de historiadores, como también sucedió con otras grandes tradiciones historiográficas de la Europa del siglo XX.

Hoy en día, sin embargo, la influencia del nacionalismo en la historia ha disminuido, al menos por lo que respecta al ámbito de la historiografía occidental.<sup>83</sup> Eso es un hecho, si restringimos las cosas al

---

<sup>83</sup> Desde luego, ese nacionalismo no ha decaído, miradas las cosas desde una perspectiva histórica; pero sí desde una perspectiva puramente historiográfica; sin embargo, como suele suceder en estos casos, probablemente la misma historia acabe arrastrando a la historiografía: P.M. KENNEDY, “The Decline of Nationalistic History in the West, 1900-1970”, en Walter LAQUEUR y George L. MOSSE (ed.), *Historians in Politics*, London, Sage, 1974.



ámbito puramente del desarrollo de la ciencia histórica, no al propiamente histórico. A primera vista, la decadencia del nacionalismo como factor determinante en el hacer histórico, ha hecho ganar a la historia y a los historiadores en imparcialidad; pero la otra cara de la moneda de la historia (la *motivación* que toda obra histórica debe tener) ha quedado relegada a un segundo orden, lo que no siempre tiene unas repercusiones beneficiosas. Las nuevas generaciones de historiadores pueden haber superado unos prejuicios determinados, directamente relacionados con el nacionalismo historiográfico. Pero quizás han adoptado unos nuevos prejuicios: los tipos de prejuicios pueden variar, pero la existencia de ellos permanece, ya que difícilmente el historiador puede enajenarse totalmente de su contexto cultural e intelectual.

El resultado final es el debate historiográfico -siempre enriquecedor- que se produce en la búsqueda del equilibrio entre nacionalismo y rigor histórico, entre patriotismo y libertad, como de modo preciso se encargó de resumir Enric Bagué, uno de los historiadores que intervino en el debate de los años treinta a que nos hemos referido en este artículo: “Cuanto mejor nos conozcamos, más maestros seremos de nosotros mismos”.<sup>84</sup> No había que tener miedo, por tanto, a la verdad, porque ésta siempre trae consigo un mayor conocimiento de la propia historia y, por tanto, un mayor dominio de ella misma.

Ciertamente, el *presentismo* está merodeando toda la historiografía catalana de este siglo. Cuando Rovira i Virgili decidía titular su síntesis histórica como historia *nacional* de Cataluña sabía que el mismo título le acarrearía las críticas que recibió: pero fue consecuente con su pensamiento y con la herencia intelectual recibida. Pero, al mismo tiempo, Vicens Vives reflejaba la tremenda conmoción que supuso para él la guerra civil española cuando analizaba -como medievalista- la guerra civil catalana del siglo XV, en cuyo análisis hay unos evidentes paralelismos con su vivencia y su concepción de la guerra civil española, como algún día trataremos de demostrar.

La conclusión es que cada generación de historiadores ve a la generación inmediatamente anterior como “románticos”, por lo que difi-

---

<sup>84</sup> Enric BAGUÉ, “Els joves investigadors de la història catalana”, en *La Publicitat*, 22 de agosto de 1935.

cilmente podemos pensar que la historia que hacemos *hoy* no va a ser considerada como “romántica” por los historiadores de *mañana*. Aunque, bien es cierto, que cada generación vea a sus predecesores como “románticos” no significa que tenga que utilizar necesariamente esta expresión para definirlos, tal como hizo Jaume Vicens Vives con sus predecesores. Cada generación historiográfica puede utilizar también otras expresiones para referirse a la generación anterior, como, por ejemplo, tildarles de historiadores “positivistas”, “anticuados” o “tradicionales”. Pero la idea del *revisionismo generacional historiográfico* permanece inalterable, a pesar de las diferentes nomenclaturas utilizadas. En cambio, parece que haya una mayor condescendencia con aquellas generaciones que quedan más lejanas en el tiempo (no con las inmediatamente próximas en el tiempo): se adquiere mayor perspectiva y se comprende mejor el contexto cultural e intelectual que condicionó la labor de esos historiadores.

Del revisionismo generacional arranca la misma ambigüedad de la utilización de algunos términos historiográficos (“positivismo”, “romanticismo”), así como la dificultad de encuadrarlos en un contexto intelectual determinado: ¿Quién no ha oído tantas veces utilizar la expresión “historiografía positivista” en un sentido peyorativo y sin situarla en su contexto historiográfico adecuado, sin pararse a considerar toda la renovación metodológica que supuso esta corriente?, ¿Por qué habitualmente utilizamos la expresión “historiografía romántica” para designar una historiografía anticuada y manipulada, cuando es evidente que supuso también un avance considerable en la ciencia histórica? Quizás porque estos conceptos tan genéricos guardan en sí una cierta ambigüedad, que se manifiesta en dos dimensiones: la *anacrónica*, que se refiere a la revisión que cada generación historiográfica realiza de la generación que le ha precedido (como el caso de Vicens, cuando consideraba a todos su predecesores “historiadores románticos”); y la *sincrónica*, que designa un significado historiográfico e intelectual preciso (en el caso que nos ocupa, el análisis de la historiografía romántica catalana como una manifestación cultural la *Renaixença*, en su dimensión específicamente historiográfica).

Tarea del investigador-historiógrafo es distinguir cada una de las dos dimensiones (la anacrónica y la sincrónica), para eliminar cualquier malentendido y exponer los verdaderos avances científicos de



*Historiadores “románticos” e historiadores “científicos”...* 273

cada generación de historiadores. En este contexto, es precisamente el entrelazamiento entre historia e historiografía el que puede generar uno de los más interesantes e intensos debates en el ámbito intelectual del siglo que ahora comienza.